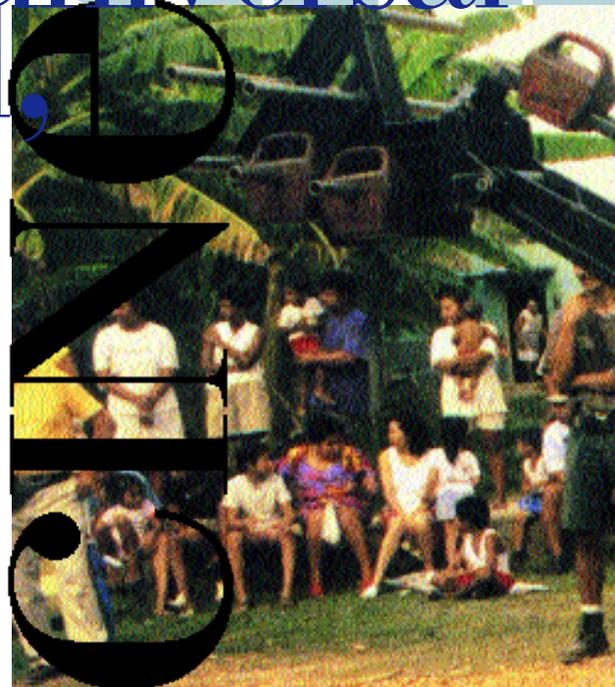


Cine nacional, cine universal

por Marco Julio Linares

El cine, como bien sabemos, es uno de los medios de expresión que mejor permite a los individuos de una sociedad reconocerse, saber del mundo en que vivimos, de las maneras propias de las distintas sociedades, de la universalidad del alma humana. A través de las películas de sus cineastas, la realidad y la magia se mezclan en la pantalla para brindarnos infinitas visiones de la vida. Con su interpretación nacional, local, e inclusive, generacional, el séptimo arte motiva a los jóvenes, inmersos como toda la humanidad en un mundo totalmente audiovisual, a comunicarse y compartir sus diferencias y similitudes. El Siglo XXI se inicia marcado por el desarrollo tecnológico de información instantánea y simultánea que avasalla a las culturas. Es insuficiente el tiempo personal para conectarse con los millones de mensajes, que a través de la red, “flotan” sobre nuestras cabezas. No alcanzan las horas para estar vinculado con los millones de usuarios del correo electrónico, ni siquiera con los pocos amigos con quienes podemos “meilearnos” o “chatear” (esta manía de castellanizarlo todo, tal vez, para no olvidar nuestro idioma). Cuando el espectro de posibilidades de consumo se ha hecho innumerable, el arte de las imágenes en movimiento adquiere una dimensión especial: el lenguaje cinematográfico se constituye como la lengua universal del mundo contemporáneo. Más allá de formatos, recursos técnicos, efectos sonoros y visuales, innovaciones cibernéticas, la expresión filmica se consolida como la propuesta de comunicación más importante de nuestros tiempos, como el espejo más revelador que haya tenido a su alcance el ser humano, para mirarse y encontrarse. Todo esto que se le ha dado en llamar la revolución informática, que a pesar de lo que se diga, apenas comienza, nos ofrece ya estudios y análisis que demuestran cómo en realidad las personas, grupos y sociedades, se hallan ahora más aisladas que nunca debido al alto grado de abstracción, concentración y mecanización dedicado a las comunicaciones “asépticas” (no te veo, no te huelo, no puedo tocarte, no sé de tus humores ni de tus sabores). A diferencia de estos mensajes fríos y



despersonalizados, el cine nos permite emocionarnos con los sentimientos de los otros, reír con las alegrías de seres desconocidos, sufrir con el dolor de pueblos nunca imaginados. La pantalla cinematográfica nos ofrece la experiencia de ser parte de un grupo, una sociedad, una nación, un planeta, que hoy, bajo el yugo de la globalización, comparte el mismo destino, aunque su geografía y su historia sean distintos y distantes.

Mientras que los lenguajes cibernéticos, asépticos, quieren uniformarnos en una sola voz, los discursos cinematográficos originales, diferentes y únicos, surgen de manera definitiva para recordarnos nuestra identidad. Así como la poesía nos muestra la síntesis de una realidad que no puede describirse de otra manera que no sea con imágenes poéticas, el cine nos permite adentrarnos a través de una historia individual, en la Historia de todos los hombres y mujeres. A través de símbolos, nos permite olvidar nuestras diferencias. Nos demuestra cómo la Torre de Babel puede transformarse en infinitud de significados frente al poder del séptimo arte. Paradójicamente, lejos de uniformarnos, el cine nos diferencia, nos identifica.

Antes del martes negro del 11 de septiembre del 2001, el cine nos había hablado ya de lo que es capaz el odio, el crimen, la ambición, el poder,

versal



los fundamentalismos exacerbados. Pero no quisimos creernos a nosotros mismos. Necios, ciegos, sordos, nos negamos a comprender lo que nuestros cineastas decían una y mil veces en todos los géneros fílmicos. Ahora el mundo es el escenario de una gran tragedia. No se trata de una filmación ni de una película. La realidad ha rebasado la imaginación de los guionistas más increíbles. La ciencia ficción se ha instalado en la calle, nuestros hogares y nuestros temores. Si en las obras de los jóvenes cineastas de hoy encontramos una visión pesimista de la vida, la razón es obvia: el cine, sensible a la realidad, ha captado con anticipación los acontecimientos. Una vez más, el arte se adelantó a los acontecimientos, pero los espectadores no quisimos darnos por enterados.

¿Qué sigue ahora? ¿Qué queda para los jóvenes, los adultos, los viejos cineastas del mundo? Como siempre, seguir adelante en su labor de constructores de sueños, descifradores de historias, contadores de relatos, espejos de la realidad. Toca a los artistas, entre ellos todos los hombres y las mujeres del cine, armar los mil pedazos del rompecabezas en que se ha fragmentado la tierra. A través del cine, el arte indiscutible del siglo XXI, está una de las grandes oportunidades de comunicarnos para tratar

de entender no sólo el por qué de las cosas, sino también las consecuencias de las decisiones mundiales. Hagamos del cine, la posibilidad de convertir a la Torre de Babel en el Árbol de infinitos frutos. En medio de estos momentos desoladores, me satisface constatar que las generaciones actuales, los jóvenes cineastas de hoy, le han perdido el miedo a contar sus historias y se encuentran cada vez más preparados para ejercer un compromiso narrativo y estético. Egresados de las escuelas de cine fundadas hace más de 25 años, directores, guionistas, fotógrafos, actores, editores, sonidistas, productores, cuentan hoy con mayor solidez para reinventar el lenguaje de las imágenes y el sonido. En este sentido, no hay cabida para el pesimismo. Sin lugar a dudas es el momento de que las cinematografías nacionales resurjan con un impulso renovado.

No deseamos ver desaparecer a la Torre de Babel para oír una sola voz universal, todo lo contrario, queremos ver reflejadas en las pantallas todas las voces del mundo, queremos oír todos los sonidos posibles, admirar imágenes nunca antes vistas. El cine puede ser, una vez más, una ventana que nos ayude a mirar y creer en una nueva oportunidad para todas las naciones del planeta.